

quién se puede excusar de que no pruebe á fundar su fe sobre la súplica?

¡ Ojalá, Señores, os haya yo inspirado al menos el saludable pensamiento de volveros hácia Dios por la súplica, y de anudar con él vuestras relaciones, no solo por el espíritu, sino tambien por el movimiento del corazón! Esta es la esperanza que llevo conmigo, y el voto que formo al dejaros. Queda en manos de mi obispo este púlpito de Nuestra Señora, fundado por él y por vosotros, por el pastor y por el pueblo. Un instante ha brillado sobre mi cabeza este doble voto: permitid que le aparte de mí, y que me encuentre algun tiempo solo delante de mi debilidad y delante de Dios.

DE LOS EFECTOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA SOBRE
EL ESPÍRITU.

SERMON DÉCIMOCUARTO.

**Certidumbre racional producida en el espíritu por
la doctrina católica.**

La doctrina es la ciencia de la vida. La vida, segun la definición de santo Tomás de Aquino, es un movimiento espontáneo. Todo movimiento lleva en su esencia misma la idea de un punto de partida, de un término, y de un esfuerzo para trasladarse del uno al otro. Por consiguiente la ciencia de la vida es la ciencia del punto de partida del hombre, de su término, y del camino ó de los medios por donde debe pasar.

Ahora bien, la doctrina católica nos enseña que Dios es el punto de partida del hombre, que Dios es el término, y que Dios hecho hombre es el camino y el medio que le conduce á su fin: *Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin. — No hay mas que un Dios, y un medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (1). Y por consiguiente en toda discusion la doctrina católica es la mas elevada de todas las doctrinas, porque, haga lo que quiera el espíritu humano, le es imposible concebir un punto de partida mas elevado que Dios, un término mas elevado que Dios, un medianero mas elevado que un Dios hecho hombre. Luego, metafísicamente y por la naturaleza de las cosas, la doctrina católica ocupa la mas excelsa cima á que puede encumbrarse el espíritu humano; y toda doctrina, cualquiera que sea, que venga despues de ella ó á su lado, está obligada á colocarse en un grado muy inferior. Estamos colocados en la cima por la fuerza misma de las ideas, y al parecer deberia yo lanzar en seguida mis miradas sobre esa eminencia;

(1) Apocalipsis, cap. 1, vers. 8. — S. Pablo, 1^a. epíst. á Timoteo, cap. 2, vers. 5.

deberia contemplar la doctrina católica en su faz y en sus entrañas, y á semejanza de Moisés hacer descender de esa contemplacion mi palabra, deslumbRANDOOS por medio de los rayos que parten del sitio en donde reposa con la esencia divina nuestra doctrina propia.

No lo haré sin embargo; porque siendo toda doctrina un principio divino, bueno ó malo (1), opera necesariamente sobre la vida del hombre, de la naturaleza y de la sociedad, y de consiguiente puede ser considerada con relacion á los efectos que produce en esa triple region. Es mas natural estudiar de este modo una doctrina cercana á nosotros, que ir desde luego á desentrañar los misterios hasta en su naturaleza metafísica. Me propongo pues, Señores, despues de haberos demostrado otras veces la necesidad de la Iglesia católica, su constitucion, su autoridad, las fuentes de su doctrina, me propongo, continuando siempre la misma obra bajo el mismo plan, exponeros los efectos de esa doctrina sobre el hombre, la naturaleza y la sociedad, á fin de que despues estemos preparados á seguirla hasta el trono de Dios con vuelo á la vez humilde y atrevido.

Empezaré considerando los efectos de la doctrina católica sobre el espíritu del hombre.

El primer anhelo de una doctrina, su primer esfuerzo, su tendencia inevitable es conquistar los espíritus. No hay en el mundo conquistador tan impaciente de los límites de su territorio, tan estrechado en los límites de su dominio, ni que sienta agitarse mas en su corazon el deseo de combatir y de avasallar, que una doctrina; porque una doctrina es la vida, es el principio de toda vida. La doctrina en su causa primera es Dios mismo, Dios, la verdad soberana, la verdad viva, la verdad que no se mira para verla, sino que se ve sin abrir los ojos; porque ella es á la vez sus ojos y su luz. Y si el sol nos comunica tan vivamente sus rayos, si los precipita hácia nuestros ojos con tanta rapidez, ¿qué será de la luz infinita, qué de la doctrina católica, qué de toda doctrina que trae de Dios su origen? Señores, el error absoluto, las tinieblas perfectas no existen; la nada no puede existir, y toda falsa doctrina, aun engañándonos, debe su poder á un resto de verdad, no diré á la esencia divina, pero sí á alguna cosa que de allí ha partido, y que convierte los fantasmas que amamos en astros luminosos y vivos.

(1) En el párrafo siguiente explica el autor este pensamiento.

Quiere, pues, la doctrina dominar los espíritus, y no lo disimula; y yo, doctrina viva, yo á quién fué dicho en mis antepasados: *Vé y enseña á todas las naciones, yo...* ¿y por qué quereis que disfrace mi ambicion? Mi ambicion no reconoce límites, mi ambicion es mas que el Océano; mi deseo de dominacion sobre toda criatura capaz de oír la palabra divina es, como lo ha dicho S. Pablo, *cautivar todo entendimiento, toda altura* que se eleve, por la fuerza de la doctrina que de Dios emana. Así tenemos una grande ambicion, y si vosotros teneis una doctrina, esa ambicion es tambien la vuestra. No lo disimulemos; digamos que somos hombres, que queremos conquistarlo todo, poseer los espíritus y gobernarlos. ¿Y por qué? ¿Es por un deseo egoista de preeminencia? No, Señores, sino porque la verdad es tambien caridad, porque la luz es tambien calor, y porque este calor no puede existir sin calentar, sin dilatarse. Por eso el deseo de esparcir la verdad se confunde con el deseo de la caridad: cuando queremos conquistar, es que queremos abrir nuestras entrañas, y ocultar y contener en ellas á todo el género humano. ¡ Ah, sin duda se nos perdonará esto!

Ahora bien, Señores, ninguna doctrina conquista los espíritus, sino á condicion de darles la certidumbre de su verdad. En tanto que una doctrina no se apodera de los espíritus hasta el punto de parecerles cierta, nó es otra cosa que un fulgor con mas ó menos seducciones, que busca la adhesion, y no lo ha obtenido: un fulgor que es todavía distinto del entendimiento y tratado por él como un huésped mas ó menos familiar, y no como formando parte necesaria de la casa. La certidumbre establece perfecta unidad entre el entendimiento y la doctrina; es el punto de encuentro y de interseccion de la luz intelectual y de la luz doctrinal, como la vision es el punto de encuentro y de interseccion de la facultad visiva y del rayo luminoso. Hay muchas especies de certidumbre, segun el modo con que la doctrina llega á introducirse en el entendimiento y toma posesion de él. Me ocuparé ante todo de la certidumbre racional.

La certidumbre racional es una conviccion reflexiva, soberana, inmutable: reflexiva, es decir, que se da cuenta de sí misma, conoce sus motivos, los discute, y resiste por la lógica á las razones opuestas que pugnan por destruirla; soberana, es decir, que gobierna la vida práctica así como la vida del pensamiento, y es capaz de hacernos recibir la muerte antes que rebelarnos contra ella, desconociéndola; inmutable, es decir, que subsiste en nosotros con

tal constancia de lucidez, que sólo puede perecer por actos calificados de crimen ó locura.

Y semejante certidumbre no es un pequeño prodigio, Señores; pues no sin gran trabajo se llega á creer algo con una convicción reflexiva, soberana é inmutable. ¡Tan acosado se halla nuestro espíritu por tantas doctrinas contrarias! Por la noche pensamos en nuestro gabinete con la cabeza apoyada sobre nuestra mesa; se nos aparece un sistema de vida, y nos acosa diciéndonos: Escúchame, yo soy la verdad. Pasamos por una calle; un amigo, un compañero de nuestra edad primera nos pone la mano sobre el hombro; hace tiempo que no le hemos visto; ha aprendido; ha conocido en el camino de este mundo hombres que le han persuadido, y nos dice: Oye, tengo la doctrina, tengo la verdad. Acordaos del segundo de los Brutos. En medio de los desastres de su patria, pensaba una noche en todo lo que ocupa á los hombres meditados, cuando llevan en su mente el peso de un imperio que se desmorona. En este momento se abre su puerta, se le aparece una especie de sombra, y él se levanta y dice: Quién eres? La sombra responde: Soy tu mal genio, y tú me verás en Filipos. Para nosotros, Señores, sucede al contrario. Se nos aparecen sombras y nos dicen: Soy tu buen genio, y volverás á verme en la hora final. ¿Qué quereis que haga la razón humana así combatida por tantas doctrinas contrarias, defendida cada una de ellas por la decisión y la elocuencia? ¡Cuántas incertidumbres! ¡Qué de tormentos! La barquilla del pescador que va á ganar el sustento de su familia, luchando de noche en medio de las tempestades, ¿no es cien veces mas tranquila y venturosa que nuestro espíritu?

Agregad á esta causa exterior de perturbación la debilidad de nuestros resortes intelectuales; no solo pasan y repasan de continuo delante de nosotros ideas contradictorias, sino que nuestros ojos interiores se hallan naturalmente poco abiertos, y dispuestos á la fascinación. Si la doctrina que se les presenta es verdad, la luz les deslumbra, y no tienen fuerza para sostenerla; si es el error, las tinieblas los ofuscan, y creen ver lo que no ven.

Por último, la libertad de que goza nuestra alma sirve tambien para alejarnos de la certidumbre; ella nos hace experimentar cierto horror á todo lo que la prive de parte de su soberanía; la verdad conocida en todo su brillo, con todo su imperio, le parece servidumbre; y prefiere, á pesar de los dolores de la duda, ir de una orilla á otra mas bien que echar en el puerto anclas que no se levanten.

Estos obstáculos á la certidumbre son grandes. ¿Y cuánto mas lo son al tratarse de la doctrina católica? En toda otra materia tocamos, por decirlo así, los objetos, ya se trate de la naturaleza, de la sociedad, de fenómenos usuales, de testimonios humanos, de documentos próximos á nosotros; pero la doctrina católica, á pesar de sus fenómenos exteriores, va á parar á regiones ocultas de todo punto á nuestros ojos. ¿Nos habla de la esencia divina? Es una unidad en tres personas realmente distintas una de otra. ¿Nos habla de los actos divinos? Una de esas personas divinas es la que ha tomado nuestra carne, nuestra alma, la que ha muerto, á la hemos crucificado, y cuya sangre derramada por nosotros, en vez de aniquilar á la humanidad, la ha salvado. Si la certidumbre es difícil en sí, ¿cuánto mas lo será cuando se trata de tales misterios?

Y además, Señores, ninguna doctrina ha sido mas combatida en el mundo que la doctrina católica. Penetrad en esos sepulcros á que se da el nombre de bibliotecas, elegid al acaso, halladme un libro verdaderamente católico, un libro que á propósito de la historia, de la astronomía, de las matemáticas, del sistema del mundo, de la piedra que cae, del aeróstato que se eleva, á propósito de todo, y á propósito de nada, no anatematice al cristianismo. Todo conspira contra nosotros; nada hay que no hable contra nosotros, que no sea elocuente contra nosotros. Pues bien, esa certidumbre tan difícil para todos, tan difícil para nosotros en particular, esa certidumbre que solo cuenta enemigos, la poseemos: la poseo yo, la siento respirar en mi pecho. Mis hermanos y yo hemos pasado por encima de vuestros libros, por encima de vuestro poder, por encima de todo lo que habeis hacinado al paso de nuestra alma; hemos labrado nuestro camino en el mundo, y vednos aquí ciertos de nosotros y de nuestra doctrina.

¿Es verdad que nosotros poseemos una certidumbre racional del cristianismo, es decir, una convicción reflexiva, soberana é inmutable? Reflexiva.... Señores, no lo digo de todos: reparad bien que no hablo en este momento de la fe que es una operación de la gracia de Dios; no hablo de la luz sobrenatural que puede ser dada al niño que abre los ojos á la luz del mundo; no es esta mi tesis. Hablo de una convicción reflexiva que sabe los motivos de su fe, de la convicción de S. Agustín, de Sto. Tomás de Aquino, de Bossuet, de Fenelon; de esa certidumbre que en gran número de almas se agrega á la otra, y en cuya posesión se mantiene la Iglesia. Porque la Iglesia no reprueba los motivos racionales, ni condena la lógica;

antes bien la Iglesia ha salvado la razón, como ha salvado la fe. Ocupada de continuo en conservar el dominio de la fe, de su omnipotencia divina sobre las almas, el dominio de la gracia que destruye el orgullo de S. Pablo en Damasco, conserva también el dominio de la razón, que sin duda es menos poderoso, pero que existe, se arma y combate por nosotros, y hace que nuestra fe no solo sea un acto sobrenatural, sino también un acto de alta razón. No se negará sin duda esta alianza de la fe y de la razón en S. Agustín, en Sto. Tomás de Aquino, en Bossuet, en Fenelon y en tantos otros, cuyos nombres no cito ahora, por temor de que se agolpen en mis labios aun más de los que se agolpan sobre vuestras cabezas en esta basílica. No se negará que estos grandes genios han sido juntamente hombres de fe y hombres de razón, y que han manejado con igual superioridad el arma de la lógica y la de la gracia. Sí: ¿quién nos disputará la razón? ¿será porque la humillemos á los pies de la fe, porque decimos que una luz finita no puede igualarse á una luz infinita? Pero aun cuando el sol no es Dios, no por eso deja de alumbrar al universo. Tenemos, pues, una convicción reflexiva del cristianismo, somos niños en presencia de Dios, nos ha formado; pero niños que contemplan á su padre y se dirigen á él, le tocan, le abrazan y le hablan con elocuencia el lenguaje del tiempo y el de la eternidad.

Nuestra convicción es igualmente soberana. Domina las operaciones de nuestra mente y las obras de nuestra actividad práctica. Sin duda que todos los cristianos no viven conforme á la doctrina de Jesucristo; hay un gran número que reniegan del Evangelio por sus acciones. Pero la inconsecuencia momentánea de estos da más realce á la fidelidad de los otros, descubriendo cuánto cuesta á la corrupción del hombre conducirse siempre como verdadero cristiano. El cristianismo, por otra parte, no inspira costumbres segun las leyes ordinarias: inspira una decisión heroica; lleva á sus misioneros á las naciones más remotas; puebla los hospitales con sus hijas de caridad; crea en las almas recursos tan grandes como la fertilidad del infortunio y de la miseria; tiene sus anacoretas, sus cenobitas, los hombres de su penitencia como los hombres de su palabra; y sobre todos estos mártires que no llegan hasta derramar su sangre, tiene por último los que protestan la soberanía de su convicción entre las manos de los verdugos. ¿Qué doctrina ha dado nunca más seguridades de su plena posesión de los espíritus?

Es verdad que al primer golpe de vista la convicción católica

no parece dotada de una inmutabilidad completa, puesto que es de fe que el cristiano es siempre libre de abdicarla por la prevaricación de la apostasía, y en la historia hay ejemplos demasiado memorables y ciertos. Pero estos mismos ejemplos, por el estupor que en pos de sí han dejado, prueban tanto su rareza como la magnitud del crimen intelectual de donde han emanado. La apostasía es, en el orden religioso, lo que la locura es en el orden natural; una lamentable excepción que no destruye más la certidumbre de la fe, que la otra la certidumbre de la razón. A parte los niños, en quienes el cristianismo no es todavía un sentimiento y una costumbre, todo hombre que le ha aceptado por sí mismo, conoce perfectamente que á pesar de su libertad subsistente no renunciaría con más facilidad á la fe que á la razón. Teneis en torno de vosotros jóvenes que han hecho traición á la esperanza de su educación cristiana; pero no conocéis hombres graves que, habiendo una vez reconocido con pleno convencimiento de su conciencia la divinidad de la doctrina católica, la hayan rechazado después como una carga engañosa. Cuanto más avanza el cristiano por el curso de los años hácia el horizonte de la eternidad, más se afirma su convicción sobre todo lo demás, á semejanza del viajero que trepa los Alpes, y ve como se bajan á medida que se eleva hácia las alturas intermedias, hasta que no descubre delante de sí más que la suprema y coronada cumbre del Monte Blanco.

La doctrina católica produce, pues, en el espíritu una convicción reflexiva, soberana, inmutable, es decir, la certidumbre racional. Ahora bien, la certidumbre racional es el mayor acto del poder de una doctrina, y por consiguiente la doctrina católica ejerce un acto de poder en el más alto grado. Pero esta conclusión no es todavía suficiente; conviene saber cuál es la causa activa de la certidumbre racional.

Hay doctrinas que tienen valor; otras que no lo tienen: doctrinas que entre otros fenómenos producen el de la certidumbre racional; otras que no lo producen. ¿De dónde procede esta diferencia? Es claro que el valor de una doctrina depende de la cantidad de verdad contenida en ella; porque no siendo una doctrina otra cosa que la exposición de lo que es, su mérito reposa evidentemente en la conformidad de lo que ella dice, con la realidad. En otros términos, una doctrina no encierra más que dos elementos, el error ó la verdad, ya sea el uno, ya la otra, ó ya los dos juntos. Si no es la verdad la que determina su valor intrínseco, preciso es

que sea el error, es decir, lo que no existe, lo que no es nada en sí, consecuencia inadmisibles por la razón. Sin duda la elocuencia revestirá al error de prestigio, cubriéndole con las vestiduras de la verdad; pero la elocuencia muere con la palabra, y tarde ó temprano, la doctrina se halla sola con su peso natural, que es la cantidad de verdad que contiene, y á esta cantidad es siempre proporcionada la acción definitiva. Cuando ella produce la certidumbre racional, que es su mas alta razón, en el espíritu, es prueba de que la verdad se halla en su estado puro. De otro modo sería forzoso decir que también el error produce la certidumbre racional, en cuyo caso, siendo uno mismo el efecto del error y de la verdad, es claro que no nos quedaria medio alguno de discernir el uno de la otra, lo cual sería la ruina absoluta de la razón. El efecto final del error sobre el entendimiento no puede ser el mismo que el efecto final de la verdad, así como el efecto final del crimen en el alma no puede ser idéntico al efecto final de la virtud. Así como el endurecimiento del alma no es la paz, el endurecimiento del espíritu no es la certidumbre; y como el remordimiento va á buscar el crimen hasta en los últimos pliegues de la conciencia para perturbarla, la duda persigue al error hasta en las últimas trincheras del sofisma para castigarle. Luego donde hay certidumbre racional, hay verdad; la doctrina católica produce la certidumbre racional; luego la doctrina católica es verdadera, y como produce esta certidumbre, á pesar de las resistencias mas tenaces de dentro y de fuera, la verdad se halla en su mas alto poder. Cuando el mar de Holanda rompe sus diques, es prueba de que hay en el mar de Holanda una fuerza que no está en la mano de los hombres, ni en la ciencia que ha levantado aquellos diques.

Vosotros me diréis: También nosotros tenemos la certidumbre de nuestra incredulidad. Pues bien, certidumbre por certidumbre, esos son dos términos que se anulan recíprocamente; el catolicismo ha tenido sus hombres de genio, también nosotros tenemos los nuestros; ha tenido sus mártires, la incredulidad tiene los suyos: luego la causa es igual por ambas partes; permaneced lo que sois, y nosotros tenemos el derecho de permanecer tales como somos.

No, Señores, vosotros no tenéis la certidumbre de vuestra incredulidad, y si la tuvieseis, nosotros no tendríamos la certidumbre de nuestra fe; porque dos certidumbres contradictorias se excluyen mutuamente. Yo os divido en dos clases: una, la de los que han estudiado la cuestión religiosa; y otra, la de los que no la conocen sino

por su posición. Aquellos que no la han estudiado no tienen ningún título para reclamar el beneficio de la certidumbre racional; ¿y no es este el gran número de vosotros? Os elijo por jueces: ¿qué habeis hecho para poneros en relación con la doctrina católica? ¿Qué habeis leído? ¿Cuáles han sido vuestras meditaciones? ¿En qué soledad habeis recogido vuestra alma ante el problema de vuestros destinos? ¿Quién de vosotros ha pesado suficientemente á Dios en su mano, para decirle con justicia *si* ó *no* eternos?

En cuanto á los sabios, á los que han revuelto muchos libros y muchas ideas, ¿tengo necesidad de disputarles la certidumbre? ¿Quién no conoce el alma de un sabio? ¿Quién no ha oído los gemidos de esos hombres que lo han explorado todo, y que de sus largas navegaciones en el océano de las cosas, no han sacado, con una ciencia mas vasta, sino dudas mas profundas? Señores, la verdad reúne á todos en la hora de la muerte: allí es donde conviene juzgar de la sinceridad y del valor de las dos doctrinas, del valor del catolicismo y del valor de la incredulidad. ¿Cuál es el católico que se duele de su fe en la hora de la muerte? Por el contrario, ¿cuántos incrédulos hay que estampan sus moribundos labios en un crucifijo, adorando lo que habian blasfemado y maldiciendo lo que habian adorado? D'Alembert, ese gran geómetra se hallaba en su lecho de muerte: un joven se acercó, y le dijo con sencillez afectuosa: « Señor D'Alembert, siempre habeis sido bueno para mí, permitid que os pregunte una cosa. ¿Os parece cierto ahora todo lo que vos y lo que vuestros amigos habeis escrito sobre el cristianismo? » D'Alembert, commovido por un impulso generoso, respondió: « ¡ Ah, cierto! (1) » Hé aquí la última palabra de la ciencia y del genio con respecto á la religión cuando se han apoyado en sí mismos, y no han querido concluir sino por la razón, aislada del testimonio divino. La ciencia hiende la vida y no la calma. Si, príncipes del pensamiento, habeis abierto un pozo profundo y admirable; pero no lo habeis llenado. Para decirlo de una vez, hé aquí la diferencia entre vosotros y nosotros: nosotros creemos, y vosotros dudais.

Pues bien, diréis, nosotros buscamos, y buscar es nuestro mérito; no tenemos certidumbre, la pedimos á todos vientos, la

(1) El lector comprenderá, por el modo de la respuesta, que D'Alembert no creía cuanto él y sus amigos habian dicho contra el cristianismo. (J. .)

pedimos á todo el que puede pronunciar una palabra con elocuencia. Pero fuera de la inéredulidad ¿no existen falsas religiones? ¿No tienen esas falsas religiones una certidumbre? Y si tienen una certidumbre, ¿qué probará vuestra certidumbre católica? El adorador de Júpiter muere tranquilo, el discípulo de Mahoma muere tranquilo; ahora mismo decíais que nos emplazabais para el lecho de muerte. Pues bien, el lecho de muerte invocamos nosotros en favor de los cultos mas extravagantes.

Señores, aun cuando conviniese en ello, no dejaria de ser un fenómeno asombroso que la ciencia humana pudiese dar tranquilidad de espíritu en la hora de la muerte, y que el adorador de Júpiter, el sectario de Mahoma, el observador de un culto por extraño é inconsecuente que sea, obtuviese en su religion el apetecido descanso. ¿Cuál es, pues, la magia de la religion, si es verdad que basta adorar, poner una rodilla en tierra, levantar los ojos al cielo y decir en cualquier idioma que sea: ¡Dios mío! basta, repito, que un alma humana pronuncie este nombre de Dios para ser fortificada, consolada y estar tranquila en la hora de la muerte? ¿No veis que no podeis decir nada mas fatal contra vosotros, y que la misma falsedad de las religiones en donde hay espíritus de toda naturaleza, dándoles la paz que no teneis, prueba que vosotros no os hallais en la via de la humanidad, y que el Negro, el Cafre ó el Hotentote son mas felices que vosotros, pues tienen mas verdadera ciencia, y que Dios en todos los países, en todos los tiempos, bajo todas las formas recompensa al alma que cree en él? Sí, las falsas religiones hablarán contra vosotros el dia del juicio; sí, allí se os dirá: Sabios, yo habia dado la paz á la humanidad, á mis negros, á mi salvajes, á mis caribes; ellos vivian tranquilos á la sombra de mi nombre; y vosotros que habeis dado tortura á vuestro espíritu, que habeis buscado dentro de vosotros vuestro punto de partida, y vuestro punto de apoyo, semejantes á infelices que aspirasen á levantarse del suelo por sus propias fuerzas, habeis quedado sumidos en la agitacion y en la incertidumbre; no habeis sacado de vuestras investigaciones mas que una desesperacion que ni aun siquiera os ha dado testimonio de vuestra impotencia. Bastaria acaso esta respuesta; pero trato de demostraros que las falsas religiones no han tenido certidumbre racional, es decir, no han dado de sí mismas á sus sectarios una convicción reflexiva, soberana, inmutable.

¿Habia solo una doctrina en el paganismo? ¿Habia reflexion?

¿habia enseñanza? ¿De qué puede servir racionar, donde ni aun siquiera la sombra de la razon existe? Cuando Jesucristo se levantó sobre el mundo, ¿qué hizo el imperio romano? Calló al principio, sostenido en su fuerte espada; pero cuando vió á aquellos galileos que penetraban por todo el imperio, que se presentaban en el senado, que tenian aprobadores, amigos y hermanos en el ejército y en el pretorio; cuando el imperio se aperebió de aquel movimiento de persuasion, despertó é hizo un gesto. ¿Fué acaso para hablar? ¡Hablar! Sacó aquella espada que habia sometido el mundo, descargándola sin tregua sobre ancianos, mujeres y niños desarmados; y esa execrable bastardía es aun la sola defensa de los falsos dioses, donde quiera que existen. ¿Dónde está, pues, la razon? ¿dónde la certidumbre racional?

¡Ah! cuando encuentro un alma que no tiene mi fe, que no eree en la palabra amable de Cristo, siento una tierna compasion; me pongo á su alcance, la estrecho en tanto que su edad y su situacion me lo permiten, hago lo que puede hacer una madre para darle la leche del amor: ella puede menospreciar mis esfuerzos; pero no los acusará de ser indicio de una fe sin razon y sin corazon. Mas si un cristiano cae en poder de esos cultos niños que no tienen confianza en sí mismos, porque sienten su degradacion, ni aun siquiera tratarán de convencerle, sino que le dirán: Dobra la cabeza ó mueres; pero el cristiano, ni se calla, ni dobla la cabeza; la doctrina que en él existe se anima y se engrandece delante del peligro; se acuerda del Calvario, y bajo la mano que quiere sofocarla, aspira todavía á persuadir, aun cuando no sea mas que á sus verdugos. ¿De qué parte está la convicción reflexiva, soberana, inmutable?

¿Acaso estaremos obligados á reconocer la certidumbre racional en las sectas cristianas separadas de la unidad católica? Tampoco. Los ignorantes en esas sectas son incapaces de la certidumbre racional, y la fe que tienen, si su ignorancia es invencible, es una fe puramente sobrenatural, que es el fruto de la gracia y puede salvarlos. En cuanto á los sabios de la herejía, la fuerza de la lógica los conduce á destruir lo que hubieran querido dejar en pié; minan un dia ú otro los dogmas que ellos mismos habian reconocido al principio como fundamentales, y llegan por último á un protestantismo tan completo, que no se distingue del racionalismo mas que en el nombre. No os presento pruebas; esta es una historia demasiado visible para los ojos menos ejercitados, y así me apresuro á

concluir reasumiendo todo lo dicho. Ni en las sectas cristianas, ni en los cultos paganos, ni en ninguna otra parte, fuera de la doctrina católica, se produce la certidumbre racional respecto de las cosas divinas. Solo nosotros la poseemos, y como no hay certidumbre en el error, sino solo en la verdad, la doctrina católica es la verdad.

SERMON DÉCIMOQUINTO.

De la repulsion producida en el espíritu por la doctrina católica.

Cuando el viejo patriarca Jacob estaba sobre su lecho de muerte, reunió en derredor á su posteridad; y abriéndole para su instruccion y la nuestra el vasto campo del porvenir, dijo á uno de sus hijos que se llamaba Judas: *No será quitado de Judá el cetro, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectacion de las gentes* (1). Así, el primer carácter por el cual Cristo, Hijo de Dios, hecho hombre, fué expresamente designado en las profecias, fué el ser la esperanza de las naciones. Y mas tarde, al fin de la edad profética, otro de los enviados de Dios decia: *Aun falta un poco, y moveré el cielo y la tierra, y vendrá el deseado de todas las naciones* (2). Y sin embargo, Señores, otro profeta clamaba tambien con estilo bien diferente: *¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los principes contra el Señor, y contra su Cristo, y dijeron: Destricemos sus ataduras, y sacudamos de nosotros su yugo* (3). Cristo, pues, está designado á la vez bajo estos dos caracteres contradictorios de ser la esperanza y el amor de los pueblos y objeto de su furor y de sus conjuraciones.

Cuando Jesucristo fué presentado al templo, ¿cuál es la primera palabra, cristianos y Señores, hombres de la Iglesia y hombres de este siglo, que podeis leer, aunque con pensamientos diferentes, en la historia de que sois hijos, y que aun se forma hoy por vuestras propias manos, cuál es la primera palabra que se le dijo? Un anciano tomó en sus manos aquel niño que acababa de nacer, le contempló con un amor del cual ningun amor humano puede dar idea, y pronunció delante de su madre esta frase: *Hé aquí que este es puesto para ser la ruina y la resurreccion de muchos en Israel, y para señal á que se*

(1) Génesis, cap. 49, vers. 10. — (2) Profecía de Ageo, cap. 2, vers. 8. —

(3) Salmo 2, vers. 1 y siguientes.